

¿SE HA ROTO LA CUERDA DEL MECANISMO NORTEAMERICANO?

Por Adlai E. STEVENSON

TODA POLÍTICA está integrada por muchos factores — presiones económicas, ambiciones personales, el deseo de ejercer el poder, las cuestiones dominantes de las necesidades y las aspiraciones nacionales. Pero si no es nada más que eso, carece de raíces. Se eleva sobre las arenas movedizas y cambiantes de la emoción y el interés. Si recibe un desafío, no puede dar cuenta de sí misma. Si es amenazada, está en peligro de derrumbarse.

Ahora, cuando la amenaza y el desafío a la sociedad libre parecen más totales y poderosos que nunca antes, no es un lujo político ni una estéril pedantería examinar una vez más nuestros principios fundamentales. Creo que significa, por el contrario, la condición de la supervivencia.

Una frase del difunto doctor A. Powell Davies no se ha borrado de mi espíritu. No creo haber escuchado una exposición más lúcida ni más cargada de sentido acerca de nuestra situación. "El mundo", decía, "es ahora demasiado peligroso para otra cosa que no sea la verdad, demasiado pequeño para no ejercitar la fraternidad". Creo que esto encierra, en gran medida, una concepción correcta de la condición de la sociedad humana, que no es capaz de extinguirse con unas cuantas bombas de hidrógeno. Hoy todos podemos morir bajo las mismas bombas o bajo el mismo desastre atómico. En ese sentido, tenemos una desesperada solidaridad física. Pero la solidaridad moral y social en la familia humana está aún por encontrarse.

No hace mucho tiempo visité al doctor Albert Schweitzer en su primitivo hospital de la selva en el África Ecuatorial Francesa y me dijo que consideraba esta etapa como la más peligrosa de la historia, no sólo de la historia moderna, sino de toda la historia humana. ¿Por qué? Porque, me explicó, hasta ahora la naturaleza ha controlado al hombre, pero ahora el hombre ha aprendido a controlar a las fuerzas elementales — antes de haber aprendido a controlarse a sí mismo.

Muchos de nosotros parecemos confiar en que cierta mítica superioridad otorgada por Dios al mundo blanco Occidental ha de salvarnos. Y me preocupan las pruebas de que los comunistas aceptan la realidad de la condición humana más que nosotros.

Es imposible pasar varias semanas viajando alrededor de la Unión Soviética, como lo hice el verano pasado, sin salir con una fuerte impresión de ímpetu y finalidad en casi todos los aspectos de la vida soviética. El ardor revolucionario se ha enfriado con el tiempo, pero aún los líderes políticos más pragmáticos parecen creer profundamente en la verdad de su modo de vida y tienen confianza en que arrastrará al mundo entero en un

momento dado. Me parece que creen sinceramente que sus métodos, sus aspiraciones, sus ideales, constituyen la verdad definitiva acerca de la naturaleza del hombre y de la sociedad; que el hombre colectivo en el Estado colectivo es el despliegue final del destino humano, el fin de la historia, el "lejano acontecimiento divino" por el que la humanidad se ha afanado largamente, la visión de "la renovación de todas las cosas" que ha acosado el espíritu del hombre desde que el cristianismo introdujo en el pensamiento humano el intoxicante ideal de una humanidad perfeccionada.

De esta convicción, si no la he sobreestimado, surgen dos consecuencias. La primera es que no hay esfuerzo, dedicación ni sacrificio demasiado grandes si se trata de realizar las metas del Partido comunista en la sociedad soviética. La segunda es que ningún rescoldo de la humanidad puede ser indiferente a los

comunistas, porque toda la raza humana está destinada a convertirse en una fraternidad comunista.

Estas no son generalizaciones abstractas. Rusia es una gran planta generadora de energía dedicada a la tarea común de construir el ideal soviético. El empuje del desarrollo económico que añade un aumento del nueve al diez por ciento cada año a la expansión industrial es un aspecto de esta energía. Las grandes sumas disponibles para la ciencia y la investigación son otro. La autodisciplina y las largas horas que dedican los escolares a adiestrarse como científicos, técnicos, administradores y propagandistas del nuevo orden mundial son quizás la medida más significativa de los recursos de energía, trabajo y capacidad técnica que esperan utilizar los líderes soviéticos.

La energía, el impulso, la dedicación en la U. R. S. S. se vuelcan en las cuestiones internacionales. En parte, por supuesto, ésta es la tarea sin reposo que deben ejercer todas las potencias imperialistas, especialmente cuando los pueblos que controlan son tan rebeldes y poco confiables como los pueblos cautivos en el imperio europeo de Rusia. Pero la actividad comunista, la planificación y los esfuerzos en el comercio y la ayuda no se limitan a las regiones de control



Roche en The Buffalo Courier — Express

"hemos perdido nuestra visión de la verdad y la fraternidad"

comunista. Son de una amplitud mundial y no hay un rincón en la superficie de la tierra que consideren demasiado insignificante para su atención. Mientras misiones comerciales se ocupan en América Latina de hacer trueque de la maquinaria y el petróleo soviético por café y lana, representantes académicos recorren África del Sur, estudiantes árabes y asiáticos son entrenados en Moscú, consejeros técnicos son enviados a la India, Burma e Indonesia y la brillante corriente de propaganda que pinta el "milenio" soviético de nutridas cosechas y trabajadores felices se desborda por todo el mundo.

Todo esto lo sabemos — o empezamos a saberlo. Pero me pregunto con cuánta frecuencia tratamos de comprender el grado de dedicación que hay detrás. ¿Por qué están tan ocupados? ¿Por qué tanto trabajo y pensamiento? ¿Por qué semejante paciencia en cada retroceso, tales impulsos hacia adelante en cualquier punto de debilidad occidental? Dios sabe que nosotros sólo queremos quedarnos en nuestra casa. ¿Por qué ellos no? ¿Por qué jamás nos encontramos a un comunista aislacionista? Estas preguntas me acosaron cuando me enfrenté a este modo de vida férreo, lleno de fuerza y formidable.

Y no creo que haya duda alguna acerca de la respuesta. En parte, se debe a la simple necesidad del comercio exterior. En parte, al temor, a la busca de la seguridad en los amigos. Y en parte a las fuerzas centrífugas que han estado presionando hacia fuera en Rusia durante un siglo — hacia el Pacífico, los Balcanes, y el Medio Oriente. Pero lo importante es que los rusos soviéticos creen en su verdad, como en un tiempo creyeron en la suya los hombres del mundo Occidental. Ellos, no nosotros, hacen disparos que se oyen en todo el mundo — y también lanzan los satélites que se mueven en órbitas a su alrededor. El hecho de que su fe sea, en muchos aspectos, una maligna perversión de los grandes principios que alguna vez corrieron por nuestras venas occidentales, no altera el hecho de que su ritmo es dinámico y el nuestro demorado — hasta, me parece, para nosotros.

La razón no puede ser que los norteamericanos hemos perdido nuestra visión de la verdad y la fraternidad. Ningún país del mundo debe el sentido de comunidad más explícitamente al hecho de que está unido, no por la raza ni la nacionalidad, sino por la fidelidad a una idea. Nacimos "dedicados a un fin", y nuestros más grandes líderes — los Jefferson, los Lincoln, los Woodrow Wilson — no fueron grandes porque realizaran fines puramente norteamericanos, sino porque pudieron hablar por la humanidad como un todo y extendieron su visión a toda la familia del hombre.

Tampoco podemos, me parece, encontrar defectos en el ideal norteamericano. Sus verdades son todavía "autoevidentes". La posesión de la libertad y la busca de la felicidad — bien entendida — no han sido desplazadas como los bienes más altos de la sociedad humana. En verdad, el fermento de nuestra libertad labora inexorable y peligrosamente en el mun-

do comunista. Nadie puede haber visitado Polonia sin ver cuán poco acepta su servidumbre el pueblo polaco y cómo buscan, más allá de sus vecinos, al mundo libre como una fuente de fuerza y de esperanza.

Pero, en el fondo, difícilmente podría suponerse que el mundo occidental posee un arma tan poderosa. Todo lo que hemos hecho — en la diplomacia, la estrategia, la ayuda y el comercio, en lo intrincado de nuestras relaciones internacionales — ha sido, en un grado que debe deprimarnos, puramente defensivo. Hemos ofrecido ayuda, no para ayudar a otros, sino para escudarnos a nosotros mismos. Hemos reaccionado ante incontables iniciativas soviéticas; apenas hemos actuado por iniciativa propia. Contemplamos en el cielo los sputniks de otros y escuchamos en los hilos telegráficos lo que los demás han hecho. ¡Y somos, no obstante, los hombres libres del universo, los hijos de la libertad, los



"defectos en el ideal norteamericano"

beneficiarios de una abundancia sin igual y los herederos de la tradición política más alta y más orgullosa jamás conocida por el hombre!

¿Por qué esta falta de iniciativa? ¿Por qué esa parálisis de la voluntad? ¿Qué hemos hecho con nuestra verdad y nuestra fraternidad — la suprema verdad de la libertad, la verdad cristiana del amor fraternal? ¿Han fracasado o hemos fracasado nosotros?

No hay deber más urgente que descubrir porqué hemos fracasado y volver al ruedo, aspirando, luchando, peleando una vez más por aquello en que creemos. Un análisis de lo que podría llamarse nuestra conciencia colectiva es, en mi opinión, mucho más importante que proyectos o programas particulares. Puede tenerse una serie perfecta de las piezas de un reloj, pero no sirven si la cuerda está rota. No me preocupan básicamente nuestras diversas piezas — nuestra tecnología, nuestra ciencia, nuestras máquinas, nuestros recursos. Pero me preocupa desesperadamente nuestra "cuerda". Que se ha desgastado ya lo sabemos. Pero ¿está rota y no admite ya reparaciones? En último análisis, ninguna pregunta merece mayor atención hoy en los Estados Unidos.

Me gustaría sugerir algunas de las maneras en que me parece hemos debilitado el gran pulso central de nuestra

libertad, la gran verdad de la libertad que, antes que ninguna otra nación, echamos a andar en el mundo moderno.

Goethe, quien vivió también en una crisis de la libertad, dijo a su generación: "Lo que habéis heredado de vuestros padres, ganadlo nuevamente por vosotros mismos, o no será vuestro." Nosotros heredamos la libertad. Pero no parecemos comprender que es necesario rehacerla y volver a ganarla en cada nueva generación humana. Una de las razones de esta incapacidad para comprenderlo está, yo creo, desapareciendo por fin. En los últimos años nos ahogábamos en una complaciente confianza en nosotros mismos. Nos creíamos dominantes en todos los campos. Hablábamos del "siglo norteamericano". Olvidamos los ardores y los esfuerzos que nos habían dado cierta preeminencia. La complacencia nos hizo impermeables a las ideas, aun a la idea obvia de que estábamos en peligro. Supusimos, pues, que lo único que necesitábamos era esperar y gozar la "paz y prosperidad" que era nuestro derecho.

Creo que esta etapa está pasando. Nuestra tonta languidez ha sido conmovida, si no hecha añicos. Estamos en mayor disposición de analizarnos y de examinar nuestra historia. Y es un privilegio de nuestra sociedad el que cada ciudadano pueda hacer su propio examen de conciencia. Lo urgente es sentir la necesidad de volver a plantear y poner en movimiento las energías profundas de la sociedad libre — lo que no puede hacerse por la voluntad del gobierno sino por la conciencia intranquila de los hombres y las mujeres responsables.

Es simplemente como ciudadano, tan preocupado como cualquiera de ustedes, que quiero sugerir los obstáculos que, en mi opinión, existen para un pleno conocimiento de nuestra gran misión, en esta época de prueba.

Creo que hemos confundido la libertad con la facilidad. Si la libertad hubiera sido el estado feliz, sencillo, despreocupado del hombre común, en todas partes el hombre habría sido libre — mientras que a lo largo del tiempo y en casi todas partes ha estado encadenado. No nos equivoquemos acerca de esto. La tiranía es el estilo normal de gobierno. Sólo gracias al pensamiento intenso, a grandes esfuerzos, al ardiente idealismo y al sacrificio ilimitado, la libertad ha prevalecido como sistema de gobierno. Y los esfuerzos que fueron necesarios, en un principio, para crearlo son igualmente necesarios para sostenerlo en nuestros días.

Quien ofrezca esto que llamamos libertad como una opción fácil es un impostor o un burlado. Quien pretenda "venderla" a bajo precio u ofrecerla como producto subsidiario de tal o cual sistema económico es un pillo o un tonto. Porque la libertad exige infinitamente más cuidado y devoción que cualquier otro sistema político. Coloca el consentimiento y la iniciativa personal en el lugar del mando y la obediencia. Al confiar en la dedicación y la iniciativa de los ciudadanos, prescinde de las duras pero efectivas disciplinas que sostienen a todas las tiranías que a través de los siglos han detenido el crecimiento y el pleno desarrollo del hombre.

Pero ¿de qué sirve la liberación de la sujeción externa, si los hombres, con todas las oportunidades, se paralizan a

si mismos? Si la libertad sólo significa la facilidad, si significa eludir las duras disciplinas del saber, si significa evadir los rigores y las recompensas de la actividad creadora, si significa más gastos en la publicidad que en la educación, si equivale a los cursos de "cocina para solteros" y "acomodación para la vida" en las escuelas y al culto regularizado a lo trivial y lo mediocre; si quiere decir —lo que es aún peor— indiferencia y hasta desprecio por todo lo que no sea la perfección atlética, podemos conservar por un tiempo las formas de la sociedad libre, pero su espíritu habrá muerto.

Considero que ya hemos tenido bastante de ajuste, conformidad, opciones fáciles y el menor común denominador en nuestro sistema. Necesitamos, en vez de ello, la "busca de la felicidad", en términos históricamente probados y psicológicamente correctos. El terrible fracaso histórico de las clases dedicadas sólo al placer y las ganancias, las vacuidad y la miseria que acompañan a la sola busca de lo fácil —el derrumbe de la aristocracia francesa, la corrupción de la Roma imperial, la decadencia y caída de los brillantes manchús— todos estos hechos históricos no pierden vigencia porque los placeres de hoy sean placeres de masas y no ya los goces de una élite. Si nos convertimos en una nación de Borbones, el número no nos salvará. Tendremos que plegarnos a él. La vacuidad y la indiferencia no se redimen por el hecho de que todos pueden compartirlas. Simplemente limitan el círculo de donde puede partir la regeneración.

No digo esto con espíritu puritano ni por odio al placer. Por el contrario, ni el aburrimiento ni la miseria pueden igualar la busca de la distracción. No nos deslizamos hacia la felicidad: hay que buscarla y ganarla con muchos esfuerzos. Una nación pegada a las pantallas de la televisión no está sólo perdida ante los nuevos "hombres de hierro" de la nueva sociedad colectiva; ni siquiera está pasándola bien. Ninguna sociedad ha gastado tanto como nosotros en bebidas y calmantes. ¿Es posible sostener que ésta es la prueba de la diversión universal?

Quizás este malentendido de la verdadera naturaleza de la felicidad y de las condiciones de su busca es simplemente un aspecto de otra cosa — nuestra incompreensión de la naturaleza real de la libertad. Recuerdo las palabras del sabio juez Learned Hand, quien nos advirtió que la libertad no sobreviviría en nuestra Constitución si ya hubiera muerto en los corazones del pueblo. No tendremos una sociedad libre si no tenemos hombres libres.

¿Con cuánta frecuencia reflexionamos sobre lo que supone esta libertad interna? "Mostradme al hombre", dice Hamlet, "que no sea esclavo de la pasión." Pero en esto corremos el peligro de convertirnos en esclavos de una tiranía más íntima e inevitable que la que podría imponer un Stalin o un Mao Tse-Tung. Podemos convertirnos en esclavos simplemente por el estrépito y la complejidad de la vida moderna — que no deja, obviamente, tiempo para el pensamiento serio y ofrece todas las formas de distracción para que podamos evitarlo. Entre la aviación que nos lleva a todas partes más rápidamente, los periódicos que crecen en peso y *coverage*, las noticias que vuelan alrededor del mundo,

el entretenimiento sin tregua y de carácter competitivo, las modas que cambian del *chemise* al trapezio y a la inversa, podemos llenar cada "minuto imperdonable" con suficientes tonterías y preocupaciones como para acallar para siempre las voces más profundas del espíritu. Como Matthew Arnold, podemos

*...contemplar lo visible de uno a otro polo,
vislumbrar, adormecernos y hacer alboroto,
sin llegar a poseer nuestra alma antes de la muerte.*

¿Cómo habremos de defender la libertad si a la tiranía del control externo sustituimos la confusa, desordenada tiranía de la falta de fines y la agitación? Esta libertad para nuestras almas, la libertad en el nivel más profundo de nuestro ser, no es un don del modo de vida contemporáneo. Por el contrario, mucho de esta vida es una conspiración directa en su contra. Y si no podemos —mediante cierta disciplina, la disposición a la reflexión y a la calma, la determinación a hacer lo difícil y tender a un bien dura-

ble— redescubrir el propósito y la dirección reales de nuestra existencia, no seremos libres. Nuestra sociedad no será libre. Y entre una sociedad caótica, egoísta, indiferente, comercial y la disciplina de hierro del mundo comunista, no me gustaría predecir el resultado. La tiranía exterior con un propósito puede triunfar sobre la tiranía interna, sin metas, de una manera de vida confusa y carente de sentido.

Dudo que alguna sociedad en la historia haya tenido que enfrentarse a una amenaza moral tan grande como ésta o haya necesitado más desesperadamente bucear en la fuente más profunda del valor y la responsabilidad. Nuestra comunidad es la primera comunidad humana en donde los recursos son tan abundantes que casi no hay política fuera de nuestras posibilidades, por razones puramente físicas. Podemos hacer lo que queramos. Las inhibiciones de la pobreza —falta de recursos, de capital, de fuerza— no nos detienen. Así, quizás por la primera vez en el mundo, la elección, no los medios, los fines y no los instrumentos, son decisivos.



Roche in The Buffalo Courier-Express

"hora peligrosa para nuestra política y para el gobierno"

Una vez más hemos probado —oscura y peligrosamente— en la última década que la auto-defensa no es una razón suficiente para la acción. Todas las políticas que hemos realizado en defensa propia nos han dejado aún a la defensiva. Pero si no actuamos por miedo, debemos encontrar otra motivación. En la sociedad libre no hay otra alternativa sino despertar el vigor, la fe y la imaginación de los pueblos mismos. Debemos descubrir una vez más quiénes somos como dicen los psicólogos.

Pero quizás la razón más urgente de que la calidad de nuestra respuesta moral se haya convertido en la cuestión decisiva de la política es, simplemente, que la mayoría de los grandes problemas de nuestro tiempo se presentan en términos morales y son probablemente insolubles sin cierto aliento de generosidad, sin cierta medida de visión. Pondré tres ejemplos.

- En la nación más rica del mundo, cuando menos cinco millones de familias viven aún en una pobreza enorme pero remediable. Son una minoría. No tienen los votos para plantear el problema de su desgracia en el primer plano de los asuntos públicos. Dependen, para remediarla, de la conciencia alerta de la mayoría. Pero ¿cómo conservamos la conciencia sensible y alerta? ¿Concentrándonos en nuestros intereses y añadiendo la lavadora de platos al aparato de televisión y al de aire acondicionado? ¿Lamentándonos de los impuestos y atacando a ese gran fantasma que llamamos “el Estado benefactor”? ¿Cerrando los ojos cada vez que nuestro reluciente automóvil nos hace atravesar un barrio pobre? No. Tendremos la capacidad y el impulso para borrar la pobreza de esta tierra rica sólo si la mayoría acomodada de hoy no repite la egoísta indiferencia que, en muchas comunidades, ha sido el epitafio de la rica élite de ayer.

- Veamos el caso de los derechos y la situación de nuestros ciudadanos de color. Compartimos con ello un problema mundial. El predominio de los hombres de piel blanca por cuatro siglos ha terminado. La gran mayoría de color de la humanidad busca las oportunidades y el respeto que los blancos han tenido la suerte de gozar por tanto tiempo —a veces a expensas de la gente de color. Pero, dentro de la crisis mundial, en los Estados Unidos, con nuestra minoría de color, nuestro papel es muy importante— para bien o para mal. “La obra inconclusa” que nos dejó Lincoln, de crear una sociedad en donde todos los hombres puedan levantar la cabeza como ciudadanos iguales y dignos de respeto, no puede lograrse si no hay suficientes hombres y mujeres blancos que resistan en el centro de su ser el mal moral de tratar a cualquier hijo de Dios como esencialmente inferior.

- Tampoco es ésta una cuestión de nuestra comunidad nacional. Vuelvo al hecho doloroso de que los comunistas muestran un interés universal, que falta en los occidentales. Su horizonte es toda la raza humana. Su “fraternidad” es materialista, colectivista, atea y nos disgusta, pero abarca a todos y es el marco de la política que llevan los misioneros del nuevo orden a los confines del mundo. No tenemos una garantía igual para nuestros semejantes. Durante cientos de

años hemos predicado la promesa cristiana de fraternidad, pero hoy, cuando el espacio se desvanece y la revolución científica ha convertido a nuestro planeta en una sola fraternidad, el ideal significa poco en términos de convicción, de política o de acción.

En el mundo del Atlántico, el 16% de la población mundial consume el 70% de la riqueza del mundo. No podemos permanecer indiferentes a las implicaciones morales de este desnivel. No sé cómo podremos lograr una nueva perspectiva del estrecho mundo de abundancia y pobreza donde vivimos, si no nos alientan concepciones morales de justicia y compasión para comprender la situación privilegiada en que vivimos.

No nos van a incitar a la acción nuestras propias necesidades. Somos la minoría acojinada, protegida, afortunada. No está en la medida de nuestra moral ni es la lección de nuestra historia ser acuciados sólo por el temor a la intrusión rusa. Lo que hemos hecho ha tenido, en gran medida, su motivo y nos ha dejado a la defensiva. Nuestra esperanza es aceptar los supuestos de nuestra fe, objetivar la imagen de la fraternidad que profesamos y disponernos a expresar nuestra dedicación a cualquier esfuerzo o sacrificio que puedan dictar las necesidades del mundo. Y, si debemos pensar siempre en términos de competencia con los soviéticos, la habilidad para crear una vida aceptable para el mayor número será decisiva.

Esta época ha sido definida de muchas maneras — como una época de conflictos de ideología, de fermento tecnológico, de revolución en la ciencia, como una era en la que, por fin, los medios están al alcance de la mano para liberar a la humanidad de las antiguas cadenas del dolor y el hambre. Es todo esto — pero creo que la verdadera crisis de nuestro tiempo está en un nivel más profundo. Hemos conquistado, en verdad, medios y recursos desconocidos para otras épocas. Hemos visto cómo se nos abren fronteras de elección que habrían dejado estupefactos a otras épocas por su escala y alcance.

Pero toda esta libertad y radio de acción sólo nos plantea con más fuerza el problema fundamental de la fe. Podemos utilizar nuestra riqueza y capacidad para obtener una visión de la verdad, un ideal de la fraternidad, o podemos encerrarnos dentro del egoísmo de nuestros propios intereses y las limitaciones de un nacionalismo estrecho. Ésta es la dimensión de nuestra crisis.

Puede sostenerse que estas cualidades —de dedicación y desprendimiento— son bastante remotas a las realidades de la política. Están muy bien para la vida privada, pero ¿qué papel pueden desempeñar en los vuelcos y durezas de la participación en las primarias, las convenciones y las campañas electorales? La ambición, el empuje, los intereses materiales, la habilidad política, el arte de maniobrar tienen su parte, pero no pretendamos que el proceso democrático es, primordialmente, una escuela de virtud o una liza para el combate moral.

Y, no obstante, me pongo a pensar. Ha sido la opinión de grandes filósofos y grandes estadistas que nuestro sistema de libre gobierno depende, en primer lugar, de la virtud de sus ciudadanos. Montesquieu hizo de la virtud la condición

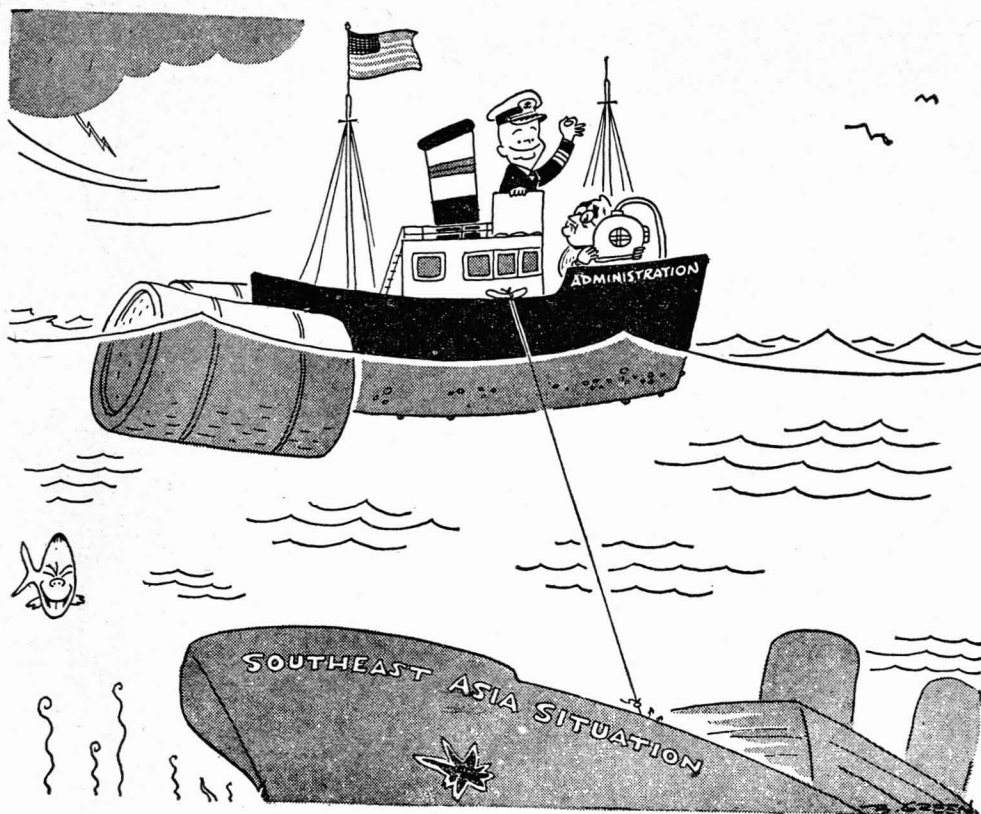
del gobierno republicano; Washington declaró que no podría sobrevivir sin ella. Hemos tenido esa forma de gobierno 175 años, desde entonces y nadie puede negar que el sistema ha sobrevivido a una gran cantidad de *skullhiggery*. De hecho, es probablemente un sistema más duro de lo que imaginaron sus creadores. Sin embargo, creo que tienen razón. Porque ningún sistema democrático puede sobrevivir sin un grande y activo fermento de ciudadanos en los que la dedicación y el desprendimiento no se limiten a la vida privada, sino que sean los principios fundamentales de su actividad en la esfera pública.

El interés y la ambición desnudos llevarán a mucha gente, natural e inevitablemente, a la política. No necesitamos sociedades para la promoción del “cabildeo”. * Los intereses, buenos y malos, se promoverán por sí solos. Tampoco faltan, en cada generación, los políticos cuyo único principio de acción sea el avance de su propia carrera — los oportunistas y todos los demás jóvenes ambiciosos ansiosos de llegar a la cumbre. Pero ¿a qué situación ha degenerado la política si esto es todo lo que encontramos activo en la arena política? ¿Esto y los intereses de los grupos teñidos de ambiciones personales? Ha habido períodos —los ruidosos Noventa, la época desde Harding hasta la crisis de Wall Street—, pero nuestro sistema democrático sobrevivió porque esas épocas fueron seguidas y limpiadas por períodos de reforma desinteresada.

Pero jamás ha habido reforma desinteresada sin reformadores desinteresados. Y aquí llegamos a la contribución esencial hecha por la dedicación y el desinterés al bien público. Nadie ha hecho jamás algo bueno en política sin estar dispuesto a un trabajo duro y sin fin — al trabajo agobiante, aburrido, tedioso, lo mismo que al brillante y resonante que llenó los titulares de los periódicos. Las laboriosas horas dedicadas a conocer los hechos, las horas pasadas en el comité y la conferencia, las horas de persuasión y argumentación, las horas de derrota y desilusión, las horas de malestar y repugnancia ante los aspectos más oscuros de la conducta humana — no pueden ser soportadas sin energía y devoción. Las reformas no se producen fácilmente; hasta las más obvias tendrán sus enemigos atrincherados. Cada reforma llega a nosotros sobre las espaldas dobladas y fatigadas de hombres y mujeres pacientes y dedicados.

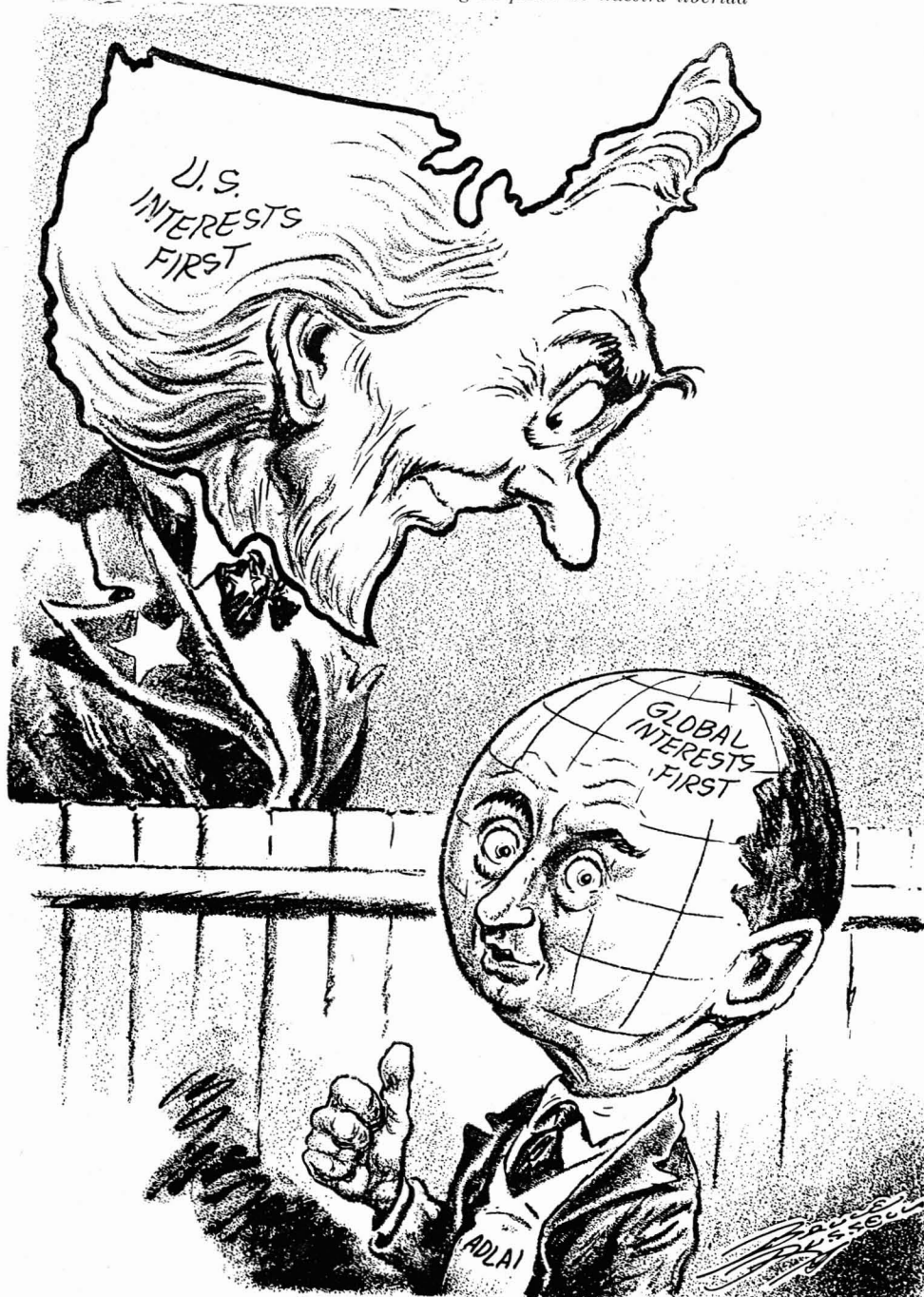
No sólo son dedicados por su disposición a dar energía y duro trabajo a la causa; deben también tener una visión suficientemente clara y espíritus y corazones abiertos para ver la necesidad de reforma en primer lugar. Pero la visión clara y un corazón abierto a las necesidades de los demás es algo que no se “produce naturalmente”. Tenemos tantas necesidades propias — nuestras familias, empleos, hogares, fortunas, perspectivas. Estamos cercados por necesidades e intereses; necesidades e intereses humanos poderosos, urgentes, honorables, aunque sean exclusivamente nuestros. Se necesita una dimensión extra en la visión

* Se ha acuñado este término como traducción española de la palabra “lobby”, que significa la promoción de intereses personales mediante influencias políticas.



Green in The Providence Journal

"hemos debilitado el gran pulso de nuestra libertad"



Russell in The Los Angeles Times

"nuestros más grandes líderes no fueron grandes porque realizaran fines puramente norteamericanos"

para ver más allá de nuestro círculo interno de interés. Son pocas las gentes que la poseen — y por ello los intereses personales constituyen en tal medida la sustancia de la política. Y es por esto, supongo, que los hombres y mujeres de espíritu público genuino e imperturbable parecen tan escasos y tan lejanos en su aparición.

A veces pienso que existe el peligro de que este elemento de visión se desvanezca casi totalmente de nuestra vida política. En general, vivimos confortablemente; muchos males del pasado han perdido magnitud y casi han desaparecido. Al mismo tiempo, la gente se casa más joven, tiene familias más amplias y se entrega profundamente a la tarea de ganarse la vida, hacer una carrera y salvaguardar el futuro de sus hijos. Es más difícil, dicen, dedicar el tiempo a los asuntos públicos cuando la vida privada es tan urgente y absorbente.

Sin embargo ¿es más urgente y absorbente que hace un siglo, cuando los hombres no sólo se casaban jóvenes, tenían grandes familias y hacían carrera, sino que, además abrían nuevas fronteras, sacaban del desierto nuevas ciudades y daban a los nuevos Estados y comunidades el marco de una vida política activa?

Si se lee la vida del joven Abe Lincoln, es difícil creer que su lucha como abogado joven y sus dificultades como joven padre fueran menores que las de los jóvenes de hoy. No obstante, nunca las cuestiones más profundas del momento dejaron de ocupar su espíritu ni dejó de oír el llamado de la política por encima de las exigencias y el clamor de la vida cotidiana. No estuvo, por lo demás, solo ni fue excepcional. La vida de Stephen A. Douglas no fue diferente. Las ciudades de las praderas estaban llenas de ciudadanos honestos y activos, interesados honda, profundamente, en los grandes problemas de una nación "mitad esclava, mitad libre". Cuando se reunían las multitudes, hace cien años, para escuchar durante horas en extasiada atención los debates Lincoln-Douglas ¿tenían menos responsabilidades y deberes que los ciudadanos de hoy para muchos de los cuales los grandes problemas de la política parecen ser convenientemente expuestos en rápidas noticias de quince segundos, televisadas entre anuncios?

¿No es acaso posible que las presiones de las responsabilidades personales no sean mayores, sino que la dedicación y el desprendimiento necesarios para discernir e influir sobre los asuntos públicos han decrecido? En un siglo en que tantos mentores del espíritu público —desde los psiquiatras hasta los publicistas— nos hablan en términos de "lo que nos debemos a nosotros mismos" ¿no es posible, en verdad, que se haya producido un debilitamiento del ardor y la dedicación, en comparación con aquellos días, no tan distantes, en que lo que el hombre debe a Dios y sus semejantes era tema común de los discursos?

Así, ésta es una hora peligrosa para nuestra política y para el gobierno por consentimiento de los gobernados. Porque en ningún momento han exigido tantos grandes problemas una visión moral clara y real que los coloque en la perspectiva adecuada.

(Traducción de Julieta Campos.)